

EL PLACER DE LA TRAGEDIA
(Publicado en El Deber el 3 de agosto de 2003)

Rubens Barbery Knaut

Si bien la crítica es condición necesaria para mejorar y avanzar, la “cultura de la tragedia” que impera en nuestro país llega al absurdo. Las generalizaciones en búsqueda de culpables que nos permitan dormir tranquilos y reposar nuestra limpia conciencia es la mejor forma de sentir seguridad frente a lo incierto. Es así que encontramos respuesta a los males que nos acechan a través de la despersonalización de nuestras responsabilidades individuales.

De esta forma los “collas” son los responsables del “atraso de Santa Cruz”, la corrupción es culpa absoluta de “los políticos”, la crisis económica es responsabilidad del “sistema neoliberal explotador”, el sistema democrático está en juego porque no se permite al “pueblo” decidir, la pobreza del país es una consecuencia directa de la “colonización española” que ahora es reemplazada por el “imperialismo americano”, la deficiente administración de las universidades públicas “autónomas” se debe a la “falta de presupuesto”, etc., etc. La pregunta de rigor es: ¿Y yo, qué rol juego?

No importan los avances que se hagan, siempre hay un culpable general para un problema abstracto. Es el imperativo categórico de sentirnos vivos a través del desastre. El placer en el dolor, es decir, el masoquismo social que nos puede llevar al suicidio colectivo y al descubrimiento de una nueva patología: la amnesia selectiva.

La falta de una cultura ciudadana de responsabilidades individuales donde cada uno haga lo que tiene que hacer, sin sentir la necesidad de buscar la redención permanente a través de culpabilizar a los demás tal vez sea la salida real a nuestros males. El desarrollo efectivo pasa por primero querer desarrollarse, es decir por un cambio de actitud que motive, que impulse a seguir adelante, que solucione problemas y no por encontrar la justificación que valide el status quo. El autoflagelo es la mejor forma – y la más cómoda – de encontrar héroes, que se sacrifican, que llaman la atención, pero que no pasan de ser utopías y que como tal, inevitablemente se quedan en el colectivo imaginario. Es la pelea permanente e infructífera contra molinos de vientos.